

gar mas que un cadáver á la ferocidad de sus verdugos.

Aquella pesquisa misteriosa, verificada sin fruto alguno en la misma casa que habitaba, vino á hacerla mas y mas segura, por cuya razon no trató por entonces de buscar ninguna otra. Pero su cabeza acababa de ser puesta á precio en Marsella, prometiéndole mil luises al que le entregase muerto ó vivo á los inquisidores del partido de los Borbones. El suelo de la Francia debia, pues, tarde ó temprano abrirse bajo sus pasos, y he aqui por qué razon volvió á surgir en su mente el pensamiento de refugiarse en Córcega.

XIII.

Aquellos tres jóvenes oficiales de marina que no habian cesado de dedicarse secretamente á su servicio y que estaban dispuestos á correr con él los azares de su suerte, Mrs. Donnadieu, Blancard y Langlade, le prepararon un nuevo medio de fugarse. Una barca pescadora, en la cual se embarcaron ellos mismos, aguardó al rey en una noche sombría y con mar de leva, en otro punto diferente de la rada, y habiendo esta vez logrado dar con la barca y entrar en ella, favorecido por la seguridad que ofrecian los guardacostas que creian la playa suficientemente guardada aquella noche á causa de la tormenta, se entregó á merced de las olas y de los vientos, quizá menos crueles y embravecidos que lo estaban los partidos políticos.

La barca, que solo podia contener cuatro pasajeros, gobernada como iba por brazos intrépidos, consiguió salir de la rada dirigiendo su rumbo á eso de amanecer, hácia la isla de Córcega. Pero la tempestad que en alta mar envolvía á la débil embarcacion en olas mucho mas desmesuradas que en la resguardada rada de Tolon, el

fuerte viento que habia hecho pedazos la vela y roto la verga, el agua que penetraba en la barca á cada empuje de las olas, todo esto amenazaba al rey y á sus amigos que temian ver abierta su tumba á cada paso. En esto distinguieron un buque de cubierta que hacia rumbo hácia la costa de Francia, al cual trataron de aproximarse para rogar á la tripulacion que los recibiese á su bordo y los condujese á Córcega, ofreciendo por ello al capitan una parte de las sumas que el rey llevaba consigo. Mas así el capitan como la tripulacion, sordos á las súplicas de los pasajeros, dirigieron su manioobra sin inspirarles lástima alguna y aun á riesgo de echar á pique la barca con su proa, dejando á Murat que se las hubiese con los elementos desencadenados. La noche se iba acercando, el viento mugia con estrépito, la barca hacia agua y zozobraba á cada golpe de ola, cuando otra vela se dejó ver sobre las aguas á la luz de crepúsculo, bogando hácia Córcega, siguiendo la misma direccion que Murat, y pronta ya á alcanzar su barca y aun á tomarle la delantera.

Era aquel el buque-correo de Tolon á Córcega al mando del capitan Michaello Bonelli, de Bastia, que conducia correspondencia y pasajeros á aquella isla. A las señas de avería que se le hicieron y á los gritos y ademanes de Murat y sus compañeros, el generoso capitan, aunque amenazado él mismo por el temporal, no vaciló en recoger sus velas y en aguardar á la barca. El aparentó ignorar quienes fuesen los pasajeros que á consecuencia de la avería recibia en su embarcacion, pero el capitan de fragata Olessa, que se habia embarcado en Tolon en el buque-correo, habia recibido, antes de partir, la confidencia de la partida del rey. Bien presumia aquel marino que el viento ni la mar no eran capaces de intimidar á aquel valiente príncipe, y que le encontraria en la travesía luchando con las olas; por esta razon habia insinuado secretamente al capitan del buque, Michaello Bonelli, que no perdiese de vista el horizonte á fin de

podér prestar auxilio al desgraciado rey de Nápoles. Murat fué por lo tanto recibido á bordo de aquel buque mas bien como rey que como náufrago.

Apenas habia Murat pisado el puente cuando su barca desarmolada y hecha pedazos á impulsos de las olas, zozobró y se fué á pique á la vista de todos los pasajeros.

XIV.

Ademas del capitan de fragata Olessa, que era muy decidido por su causa, Murat encontró á bordo del buque corso varios partidarios suyos, y otros que aunque no lo eran huian ya que no de la proscripción, al menos de la desgracia. En este número se contaban algunos senadores y generales corsos de alta categoría, que pertenecian á la familia, á la corte ó al mas íntimo favor de Napoleón, tales como los Baciochi, los Casabianca, los Rossi, los Galvani. Todos ellos acogieron á Murat con las mayores muestras de respetuosa consideracion y de deferencia, compatibles con la reserva que aconsejaban las circunstancias. Convínose entre toda la tripulacion que al llegar al puerto se afectaria ignorar el nombre y título del rey, el cual habia tomado el nombre de Campo Meli, uno de los feudos de su antiguo reino.

XV.

El rey, que habia desembarcado bajo este nombre en Bastia, fué bien pronto recibido y acogido silenciosamente á causa de la sorda popularidad que iba unida á su persona, á sus hazañas, á sus infortunios, que en la ignorancia de los habitantes de la isla los confundian con

los contratiempos sufridos por Napoleón. Mas, sin embargo, temiendo siempre que los agentes y los partidarios de los Borbones en la ciudad, centro del gobierno, no llegasen á recelar de su permanencia en ella y ejecutasen en contra suya alguna orden de severidad recibida de París ó inspirada por su propio celo, no pasó allí mas que una sola noche, y al dia siguiente de su llegada marchó en compañía de algunos amigos á Vescovato, pueblecillo situado en el centro de unas altas montañas de la isla á doce leguas de Bastia.

La principal familia de Vescovato era la de Colonna, antigua y muy considerada en aquellas montañas en donde el pueblo, como sucede en Oriente, reconoce como gefes naturales y hereditarios á los gefes de las antiguas tribus del pais. Murat habia escogido á Vescovato por el recuerdo del nombre de esa misma familia de Colonna, con una de cuyas hijas habia casado Francischetti, uno de sus mas adictos generales, confiando en que el reconocimiento y la afeccion que aquel general, á quien habia colmado de favores en Nápoles, hubiera podido comunicar á sus parientes, seria una garantía para él de hospitalidad y de fidelidad. Y no se equivocaba por cierto, puesto que los vínculos de la naturaleza y del corazón son mas sagrados en Córcega que los de la política ó la opinion, como en todos los pueblos primitivos en que el hombre se eleva sobre el súbdito ó sobre el ciudadano. El *maire* de Vescovato, Colonna Cecaldi, suegro del general Francischetti, era el gefe de aquella familia: aunque era realista, enemigo de Bonaparte y partidario de los Borbones, era antes que nada defensor del sentimiento de familia, del deber de la hospitalidad para con aquellos que la imploraban, y muy afecto á las antiguas costumbres de su pais.

XVI.

Murat, al llegar á la plaza de Vescovato como si fuera un gefe de un bando escocés ó del Libano, apeóse de su caballo á la puerta de la casa que presentaba un aspecto mas importante en todo el pueblo, que era precisamente la de Colonna Cecaldi. El dueño de la casa y el gefe del pais, Colonna, salió de su habitacion al sentir el ruido de los caballos de la comitiva del rey. Murat, despues de hacerle conocer quien era, le manifestó los motivos de su llegada á la isla, y le pidió un asilo y proteccion entre los suyos, con la única y esclusiva intencion de aguardar con alguna seguridad en aquellas montañas lo que el rey de Francia y los soberanos aliados quisiesen decidir acerca de su suerte futura. El venerable gefe de los Colonnas respondió al rey asegurándole la mas inviolable hospitalidad, y diciéndole al mismo tiempo que no sabia que existiese órden alguna del rey de Francia ni tampoco ninguna razon de honor y de conciencia para un fiel partidario de los Borbones, que autorizasen á nadie en Córcega para tratar al rey de Nápoles, por mas que estuviese ya destronado, como fugitivo y como enemigo.

El rey vivió, pues, algunos dias en paz y en seguridad en la casa de Colonna Cecaldi, en donde no tardó mucho en venir á reunirse con él el general napolitano Francischetti, yerno de su huésped.

XVII.

La Córcega, como ya hemos dicho mas arriba, fluctuaba á la sazón en una especie de interregno, favorable á las anarquías de los tres principales partidos que la dividian: los bonapartistas, los partidarios de la Inglater-

ra, y los amigos de la casa de Borbon, y mas favorable todavía á las gestiones personales que un gefe ilustre, activo y popular como el rey de Nápoles quisiese intentar, bien para sojuzgar á la isla, bien para reunir en ella los elementos y demas adherentes para una expedicion por la parte esterior. Las insignificantes guarniciones de Calvi, de Bastia y de Ajaccio, no contaban mas que con algunos centenares de soldados, número insuficiente para imponer la obediencia ó la paz si era preciso á los tres partidos que estaban en pie, arraigados ya en la isla, dueños de las montañas y siempre armados y en continua observacion á fin de aprovechar todas las coyunturas que los sucesos pudieran ofrecerles.

La bandera blanca ondeaba en el puerto y en los campanarios de la isla, única señal de la sumision del pais al gobierno de Luis XVIII. El mando militar de la isla estaba á la sazón ejercido provisionalmente y casi de una manera oficiosa, por el coronel de la gendarmería, Verriere.

XVIII.

Apenas el comandante militar de Bastia, noticioso del desembarco del rey de Nápoles en Córcega ó impulsado por su propio celo y por el de los realistas de su partido á obrar de aquella manera contra el fugitivo de Tolon, hubo sabido que Murat se hallaba en Vescovato, le dirigió por medio de un parlamentario una intimacion para que se entregase en sus manos hasta tanto que el rey de Francia decidiese acerca de su suerte. Murat, garantido ya suficientemente en Vescovato por la inviolable hospitalidad debida á los Colonna y rodeado al poco tiempo de paisanos, de pastores y de antiguos soldados armados todos para protegerle, se negó á obedecer alegando la

ausencia de autoridad legal y soberana en la isla. Al recibir aquella respuesta el coronel Verriere publicó un bando en que declaraba al rey de Nápoles, Murat, enemigo del rey de Francia y perturbador del orden público. Un destacamento de cuatrocientos hombres, apoyado por una partida de gendarmes, se dirigió á Vescovato para llevar á efecto las órdenes del gobernador y apoderarse de la persona de Murat.

Mas ya á aquellas horas era Murat una potencia inatacable en el centro de aquellas altas é inespugnables montañas tras de las cuales se habia acantonado. Para unos, la decision hereditaria que profesaban á la familia Colonna, cuyo suelo los sostenia; para otros, los sagrados derechos de la hospitalidad que ninguna opinion seria bastante á hacérselos olvidar; para aquellos, la popularidad aventurera del rey de Nápoles; para estos, el recuerdo de las antiguas guerras durante las cuales habian servido á sus órdenes; para los ambiciosos, la esperanza de participar al par que de los peligros de los despojos de una expedicion emprendida por aquel soberano para conquistar su reino; para los codiciosos, la paga que Murat les distribuia de las sumas que habia traído consigo ó que le remitian de Paris; todo esto, pues, habia atraído á Vescovato alrededor del rey de Nápoles mas de mil defensores todos armados y dispuestos á salvar á todo trance, á seguir ó á vengar á aquel popular proscrito. El destacamento enviado de Bastia, intimidado sin duda por el número, por la resolucion de sus partidarios y por la fuerza natural de aquellos lugares, tuvo á bien regresar por donde habia venido.

XIX.

Aquel pequeño ejército que rodeaba á Murat y la adhesion que le mostraban los montañeses, le ponian en el caso de enarbolar el estandarte de la independencia

de la isla en su propio nombre y de apoderarse de Bastia, mas él no se atrevia á decidirse, asegurando siempre que no queria emprender nada contra el rey de Francia y que se limitaba solamente á atender á su seguridad personal y á su dignidad bajo la salvaguardia de sus bellicosos huéspedes. Pero sus partidarios, que no cesaban un momento de insistir en la misma idea, hacian ya violencia á su reserva supuesta ó verdadera, y se ocupaban en reclutar á cara descubierta hombres, armas, municiones y subsidios en favor de su causa. El por su parte cerraba los ojos y parecia luchar consigo mismo, indeciso entre una insurreccion de la isla en su favor, y una expedicion á las costas de su antiguo reino.

La seguridad que habia de fracasar á la vista de la Europa despues de conseguido un triunfo momentáneo en la isla de Córcega, y lo insignificante de la conquista comparada con el peligro, le hicieron desistir de la primera idea, lanzándole decididamente en la segunda. La desesperacion principalmente y la ambicion de imitar y hasta de sobrepujar á Napoleon llegando á entrar en Nápoles é instalándose allí, le impulsaron ciegamente á dar aquel funesto paso en que jugaba la vida. Sus recursos se iban ya agotando, no podia soportar ya el peso de la inaccion y de la ociosidad en la humillacion de una vida privada y oscurecida despues de una vida tumultuosa en los campos de batalla ó del esplendor del trono. Algunos disgustos domésticos vinieron tambien á aumentar su amargura y á incitarle á lanzarse en los azares de la política. Quería con extremo á su esposa, jóven, bella, ambiciosa, ávida de poder y de esplendor. Estaba celoso de los favores que en su mente dispensaba á algunos jóvenes generales de su corte, cuyos consejos habia parecido preferir en varias ocasiones á los consejos de la política de su propio esposo. Sentia una especie de humillacion por haberla hecho descender del trono, al cual la habia elevado uniéndose á ella, y ardía en impaciencia por vol-

verla á colocar en él por la audacia de su genio y por la energía de su corazón; se indignaba del rango vulgar que iba á dejar á sus hijos, á quienes adoraba como á su madre. Los sentimientos que abrigaba en su corazón le trastornaban completamente la cabeza, y muy pronto llegó á apoderarse de él el vértigo del orgullo, del amor y del trono. Por último, durante las tres semanas de su permanencia en aquellas montañas, se creó á sí mismo el delirio ó las ilusiones que necesitaba para justificar su demencia.

XX.

«Todo Nápoles me adora, solía decir á sus confidentes, ¿y cómo no ha de ser así cuando no he hecho mas que bien á los napolitanos, á quienes he gobernado con mi corazón, y cuyo renombre militar he procurado realzar en los campos de batalla cubriéndole con mis propias hazañas? Yo he dado libertad al pueblo, he dado importancia á la nobleza, he aguerrido á los soldados, he amado á los paisanos, he mejorado, administrado y enriquecido aquel reino. Todavía resuenan desde aquí en mis oídos las aclamaciones de la multitud que me abría paso cada vez que yo entraba triunfante en mi capital de regreso de nuestras campañas con el grande ejército. ¡Gran Dios! ¡Qué recuerdos escitan en mi alma aquellos aplausos de una nación! ¡Nápoles y mi pueblo me asedian sin cesar con su eterna presencia!» Y deshaciéndose en lágrimas al sentir aquellas impresiones, añadía: «Esto es ya demasiado: yo no puedo vivir ni morir sino para mi pueblo. Veremos á Nápoles; sí, le veremos; ¡apresurémonos á partir!»

XXI.

En vano algunos oficiales generales, con mayor calma y mas leales á sus intereses que á sus ilusiones, se esforzaban en hacerle ver los peligros de aquella empresa; toda la Europa en pie; el Austria y sus ejércitos sobre sus fronteras; los Borbones de Sicilia apenas instalados en su reino y sin haber tenido aun el tiempo suficiente de agotar el entusiasmo y la popularidad de que estaban gozando; el ejército vencido y dislocado; sus oficiales adheridos á los Borbones por recuerdos de familia, por el deber, por sus juramentos y por el interés; el rápido olvido que sigue á la desgracia de la suerte y á la ausencia; una policía vigilante; millares de esbirros venidos de Sicilia, espiondo los sentimientos y las emociones del pueblo; la dificultad de un desembarco; la absoluta carencia de armas, de soldados, de municiones, y hasta de pretexto ó de razón para sublevar al pueblo, y finalmente, un cautiverio asegurado ó una trágica muerte sobre el territorio mismo de un reino que no podía reconocer dos reyes.

Nada fué bastante para apartarle de su propósito: el vértigo del trono le habia cegado completamente. Estaba resuelto á no mirar las cosas ni los hombres sino por el lado que halagasen sus deseos y que le reflejasen los falsos y deslumbradores colores de su viva y ardiente imaginación. Lleno de inteligencia, pero irreflexivo como todos los naturales del Mediodía, Murat tuvo necesidad toda su vida de una cabeza que pensase por él. Siempre que habia pretendido marchar por sí solo, se habia estraviado, por que su imaginación, aunque fogosa, carecia de luces, y así es que mas bien que para ilustrarle, servia para deslumbrarle.

XXII.

Cuando luchaba con tales perplejidades, y cuando ya su corazón, que se había decidido mucho antes que su cabeza, se inclinaba de hecho por verificar un desembarco en Nápoles, tuvo lugar la llegada de su antiguo ayudante de campo, su corresponsal y su negociador en París, el coronel Macerone, el cual venía á la isla con la correspondiente autorizacion del gobierno, y había pedido pasar á Vescovato para presentar al rey la decision y los salvoconductos de las potencias. Pero era ya demasiado tarde, puesto que el rey no cesaba de repetir este axioma, con el cual trataba de escusar su heroica resolucion: «A un rey que ha perdido su corona, solo le resta la muerte de un soldado.» Por lo demas, él tenia el convencimiento, y así lo repetía sin cesar á sus familiares, de que si se entregaba á la aparente generosidad de la Europa, su tumba no tardaría en erigirse al lado mismo de su prision.

Macerone, antes de presentarse á su antiguo amo, confió al comandante de Bastia y á los agentes ingleses y napolitanos, que se hallaban en aquel puerto, á fin de retraer á Murat de su empresa, la mision de que venía encargado respecto del rey. Vió entre otros á los dos hermanos Carabelli, naturales de Córcega, y que habían servido en otro tiempo en el ejército inglés y enviados confidencialmente desde Nápoles por el ministro de la policia Médicis, no para provocar á Murat, como algunos han creído, sino para hacerle desistir de su empeño. La corte de Nápoles había concebido ya algunas sospechas, por lo cual estaba vigilante, pero no creía necesario armar un lazo que costase la vida á un hombre que por sí solo se iba á precipitar á impulsos de aquel vértigo.

Macerone y los dos Carabelli, el uno por interés del rey y del mejor éxito de su negociacion, y los otros por interés de Nápoles y del ministro Médicis que los pagaba, se vieron en Bastia, conferenciaron con el gobierno militar de aquella villa, y sabiendo que Murat se dirigia á Ajaccio por un camino, marcharon allá por otro á fin de ver si con sus consejos conseguían detenerle todavia.

XXIII.

Mas nada era ya bastante á hacerle variar de parecer. El dia 17 de setiembre montó á caballo en Vescovato rodeado de su pequeño ejército de voluntarios y de todos los clientes de la familia de Colonna, dirigiéndose á Ajaccio, segunda capital de la isla, al grito de ¡Viva el rey de Nápoles! y rodeado de los votos de todas las poblaciones que su gracia, su familiaridad, su marcial elocuencia y su renombre habíanle conquistado durante su larga permanencia entre los Colonnas. Aquel ejército se componia, en primer lugar, de los generales Francesqueti y Natali, que se habían reunido con él en Córcega, de varios oficiales y soldados que se hallaban en la isla sin objeto alguno, ó que habían acudido á ella atraídos por el eco de su fama, de lo mas escogido de los condottieri, á quienes las reciprocas é incesantes venganzas de las familias, hacian lanzarse á los bosques, y por último, de los pastores de altos pastos de la isla y de aquellos jóvenes de las aldeas que guardan sus ganados ó labran la tierra con el fusil á la espalda, y á los cuales el hábito de manejar las armas, hace aguerridos desde la infancia. Murat, vestido con el traje regio y guerrero al mismo tiempo, con el cual afectaba fascinar los ojos del soldado francés, seguido de los principales gefes de la familia que le había dispensado hospitalidad, de sus ge-

nerales, de grande uniforme, y detrás los guías de su vanguardia de montañeses, marchaba al frente de aquella columna, que seria escolta para unos, ejército para otros, segun que las puertas de Ajaccio, á donde ya habia enviado algunos de sus confidentes, se abriesen ó se cerrasen á su nombre.

Montaba uno de esos caballos corsos de larga crin, cuyo seguro pie, ojo de fuego, corazon ardiente y oido acostumbrado al estrépito de las armas, constituyen el caballo de batalla de aquellas guerras de montaña. Las rocas, las quebradas, las encrucijadas de los bosques hallábanse cubiertas de mugeres y de niños que se habian agrupado por el camino á fin de ver pasar á un héroe y á un rey.

La salvaje magnificencia de los paisajes que tenia que recorrer, añadia algo de grandioso, de pintoresco y de oriental á aquel espectáculo. Los incultos senderos por los cuales habia que atravesar el corazon de granito de la isla para llegar á Ajaccio tan pronto se elevaban, penetraban ó serpenteaban á través de las montañas, de las quebradas, de los abismos, de los bosques seculares de abetos, de encinas de castaños, cuya elevacion los hace innaccesibles á la segur del leñador; Alpes meridionales rodeados por un vasto y estenso mar en donde el profundo esplendor del firmamento, la soledad, la aspereza y la magestad silenciosa de la naturaleza, imprimen en el hombre la energia, la elevacion y la profundidad tan propias de aquellos lugares.

XXIV.

Los pueblos todos por donde Murat debia pasar, que estaban advertidos de su tránsito, orgullosos de darle hospitalidad y fanatizados de antemano en favor suyo por

sus emisarios, salian á recibirle con sus autoridades, magistrados y sacerdotes á la cabeza. La primera noche la pasó en Cótora, en casa del cura Galvani, hermano del que en calidad de comisario general de campaña seguia al rey, formando parte de su estado mayor, continuando en dicho pueblo todo el dia 18 á fin de reclutar nuevos soldados. El 19 almorzó en el lugarcillo de Peselli Damiani, alojándose en la casa mas principal, propia de un tal Manuelli. Atravesando en seguida con su comitiva, que á cada paso espermentaba nuevo incremento, las elevadas gargantas de la Serra, acampó por la noche en San Pedro de Venaca. El cura de Vivavo, Pantalucci, le dió hospitalidad el 20 y le acompañó con sus aldeanos todo el resto de aquel dia á través de los primitivos bosques de Rizzavona. Al bajar á Bouochano, salióle al encuentro el teniente coronel Bouelli, con toda la cohorte de su pueblo. Detúvose el rey en este pueblo para aguardar el resto de su pequeño ejército, que marchaba mas lentamente que él; y envió á Ajaccio para anunciar su llegada é intenciones al general Franceschetti, encargado de parlamentar si era preciso con los principales de la ciudad y con las autoridades reales. Murat debia esperar en Bocochnano el resultado de aquellas conferencias.

XXV.

Franceschettise dirigió desde luego á casa de los Arrighi, familia que habia sido colmada de dones, de títulos y de favores de Bonaparte, y allí encontró reunidos á todos los principales individuos de la familia del emperador, residentes ó refugiados en la isla. El resentimiento que alimentaban aquellos parientes de Napoleon contra Murat, á quien acusaban de haber contribuido á su ruina, y la prudencia natural de aquellos isleños que les hacia te-

mer mas que á otros el aparecer complicados en complots contra los Borbones, á los cuales su solo nombre les bastaba para hacerles sospechosos, hacian que de aquel consejo de familia se desprendiese una inflexible aversion contra la temeridad del rey de Nápoles. Dirigieron al general las mas amargas é injuriosas quejas contra un rey que, despues de haber sido coronado por mano de su familia y despues de haberla combatido hasta la coalicion, venia aun á perseguirla con su ambicion y á perderla hasta en la misma isla en donde se hallaba llorando sus desgracias, y terminaron encareciéndole á Francescheti con la mayor severidad que procurase disuadir á su señor de entrar en Ajaccio, dando asi á una poblacion sumisa y tranquila toda la apariencia de una ciudad sublevada contra el rey de Francia. Francescheti volvió para trasladar al rey las malas disposiciones en que se encontraban sus parientes; pero Murat, rodeado á la sazón por su ejército todo entero, é invitado por el entusiasmo menos reflexivo del pueblo y de la tropa de la guarnicion de Ajaccio, nada escuchó, y volviendo á montar á caballo, tomó la direccion de la ciudad.

XXVI.

Su entrada fué un completo triunfo. El pueblo no hacia caso de sus autoridades. Los magistrados civiles y el comandante militar apenas pudieron contener á los quinientos soldados franceses que formaban la guarnicion del fuerte, cuyas puertas les interceptaron á fin de impedirlos que se reuniesen con el pueblo y con el ejército del rey. Veíaseles sin armas y echados de brazos en los parapetos de las fortificaciones, contemplar la entrada triunfal del antiguo hermano de armas de su emperador, aplaudir las demostraciones de júbilo de la multitud y

mezclar sus gritos de: *¡Viva el rey de Nápoles!* con las aclamaciones del ejército, de la ciudad y hasta del puerto. Murat se negó, sin embargo, á aceptar el palacio público en que el pueblo queria hacerle entrar como en señal de soberanía. Hizose conducir á una sencilla casa de posada situada en la plaza, y antes de apearse del caballo arengó al pueblo que se apiñaba en torno suyo, diciéndole que él no habia venido á Ajaccio á pedir una simple é inofensiva hospitalidad, y que si su presencia pudiese ser acaso una causa de sedicion ó de inquietud para el vecindario, se volveria al instante á salir de la ciudad. Envió á sus oficiales á que repitiesen las mismas seguridades á las autoridades, mostrándose al parecer muy satisfecho de haberlo asi verificado, no queriendo llevar mas allá la victoria de lo que permitian su objeto, dichoso en estremo al verse protegido en sus designios por aquel ascendiente de su popularidad y por aquel papel de rey que estaba representando por la última vez en la isla de su bienhechor y de su enemigo.

XXVII.

«Su magestad el rey de Nápoles os pide un asilo» escribia él al *maire* de Ajaccio por medio de su gefe de estado mayor. «Ha querido dar la preferencia al punto donde vive su familia, porque cree hallarse en medio de los suyos cuando se ve entre los habitantes de esa villa. Vivirá en ella como un simple particular, y nada mas reclama de las autoridades que la proteccion que se debe al honor y á la desgracia.»

El oficial de marina Blancard, que hacia las veces de su secretario, escribió bajo el dictado de Murat al coronel Verriere, que mandaba la division militar, un estenso despacho con objeto de que se le diese publicidad,

el cual decia asi: «El rey ha leído con indignacion vuestra proclama contra él, dirigida á los habitantes de la isla y á las tropas; semejante proclama es indecente y engañosa, y en ella se denuncia al puñal de los asesinos al rey y á las personas que han dado asilo á un príncipe desgraciado, á un capitán cuyos servicios, rango y vicisitudes que ha sufrido, le hacen sagrado para todas las naciones civilizadas.»

Murat gozaba con una especie de embriaguez del imperio que ejercia sobre la poblacion de Ajaccio. Contemplaba á cada momento las demostraciones que tenian lugar al pie de sus ventanas, y se las hacia notar á sus amigos, viendo en ellas el augurio del entusiasmo que muy pronto debia encontrar en el territorio de su reino. Apresuraba todo lo posible los preparativos de su expedicion, que se estaba preparando en el puerto con entera libertad y á la vista de las autoridades que no trataban de evitarlo y de los soldados de la guarnicion, cómplices de ella con todo su corazón. Murat se deshizo además de todas sus alhajas para procurarse los fondos necesarios al equipo de su pequeña escuadra.

XXVIII.

Mientras esto tenia lugar, acaeció la llegada de Macerone y de los hermanos Carabelli. Aquel oficial solicitó una audiencia de su antiguo señor, que le fué acordada en el instante mismo. La posada que el rey habitaba no tenia mas distintivo que la bandera de las Dos Sicilias que ondeaba sobre la puerta, y los centinelas y montañeses armados que guardaban la entrada. Macerone, que fué recibido por el rey con benovolenca, pero con cierto embarazo, dióle cuenta del éxito de su negociacion y le entregó una nota del príncipe de Metternich que contenia

las condiciones con que al rey de Nápoles se concedería la hospitalidad del Austria. Aquellas condiciones eran las siguientes:

1.^a Que el rey adoptaría un nombre de simple particular.

2.^a Que elegiría un punto de residencia en una ciudad ó en el campo, bien fuese en la Bolonia ó en la Alta Austria.

3.^a Que empeñaría su palabra de no abandonar los Estados austriacos sin consentimiento del emperador, y que quedaria sometido en un todo á las leyes del país.

A estas condiciones acompañaba un pasaporte para Trieste á fin de que el rey pudiese hacer uso de él. Tomó éste el pasaporte y se reservó discutir sobre las condiciones apenas se hubiese reunido á su familia, respuesta harto ambigua y que hacia recordar tambien la ambigüedad de su posicion entre Nápoles y los aliados en 1814. Una vez provisto del pasaporte por si la suerte le era contraria en la expedicion que iba á intentar, y libre aun de las condiciones, que pensaba no aceptar si aquella le salia bien, rehusó, bajo el pretexto de la omision que de su titulo de rey se advertia en los despachos, la oferta que le hacia, por escrito, el capitán de una fragata inglesa puesta á su disposicion por el gobierno británico á fin de conducirle á Trieste.

Los dos hermanos Carabelli fueron admitidos en seguida á su presencia y se esforzaron en demostrarle los peligros de su empresa, sin poder conseguir convencerle. Murat los invitó á comer con él, asi como á Macerone, asistiendo además á aquella comida los generales Natali, Francescheti, seis coroneles y sus principales oficiales. Hablóse en ella de Waterloo. «¡Ah! exclamó el rey, si yo me hubiese encontrado allí, tengo la seguridad de que la suerte del mundo hubiera sido otra. La caballeria francesa se vió comprometida por la demencia, y la sacrificaron dividiéndola, cuando una carga en masa hubiera de-

eidido completamente la victoria!» Su ánimo parecía despejado, su serenidad dulce y agradable, y su conversacion tan variada como indiferente.

Despues de comer hizo pasar á Macerone á su habitacion y le dijo que la primera respuesta ambigua que él le habia dado por la mañana al escuchar las ofertas del Austria, tenia un doble sentido que no sentaba bien con su lealtad y con su rango, por lo cual la rechazaba, pero que iba á darle otra mas franca y mas sincera acerca de sus verdaderas intenciones, y sentándose en su escritorio, escribió de su propio puño una carta en que se espresaban sus agravios y sus pensamientos sin reticencia alguna.

«Yo aprecio mi libertad, decia aquella carta, mas que todos los bienes de este mundo. El cautiverio ó la muerte son para mí una misma cosa. ¿Qué conducta puedo yo esperar respecto á mí, de parte de aquellos que han pagado en Marsella asesinos que acabasen conmigo? Yo he salvado la vida al marqués de Riviere que estaba condenado á morir en el cadalso; yo fui el que conseguí el perdón del emperador. ¡Execrable cosa sin embargo! ¡Ese mismo hombre ha sido el que provocó contra mí los asesinos y el que puso á precio mi cabeza!!! Errante y fugitivo por los bosques y montañas, confié mi vida á la generosidad de tres oficiales franceses, que me han conducido á Córcega con no poco peligro de las suyas propias. ¿Y todavía hay miserables que digan que yo he sacado tesoros de Nápoles? Antes muy al contrario, he gastado allí en beneficio y provecho de mi reino cuantas riquezas llevaba conmigo de mi principado de Berg. No me es posible, pues, aceptar las condiciones que me presentais, Mr. Macerone! Esa es mi abdicacion, y no se me concede mas que la vida.... ¿Es ese el respeto que se debe á un desgraciado soberano reconocido por la Europa entera, y que en un momento crítico decidió de la campaña de 1815, en favor de esas mismas potencias que

hoy dia le persiguen con su odio y con su ingratitud?... ¡Yo no he abdicado aun! ¡Conservo todavía el derecho de recobrar mi corona si Dios me concede fuerzas y recursos para ello!.... ¡Mi presencia en el territorio de Nápoles no podrá engañar á nadie, pues que yo no puedo estar en correspondencia con Napoleon, cautivo en Santa Elena!... Cuando esta carta llegue á vuestro poder, ya estaré yo surcando los mares y caminando hácia mi destino. O he de conseguir lo que me propongo, ó pondré fin á mis dias con mi empresa. Mil veces he arrostrado la muerte peleando por mi patria, ¿no me será lícito arrastrarla una vez siquiera por mi propia causa?... ¡Un cuidado me asalta solamente, y este es el porvenir que le está reservado á mi familia!...»

Despues de escritas estas líneas y entregadas á un secretario para que las copiase, las firmó y se despidió con un abrazo de su atiguo ayudante de campo.

XXIX.

Un cañonazo que resonó á la una de la madrugada y en el silencio de la noche, despertó sobresaltado á Macerone, el cual comprendió que aquella era la señal de embarque dada por el rey á sus compañeros de guerra y de azares. Con efecto, acababa en aquel momento de embarcarse con ellos, y aquel cañonazo fué á poco seguido de otros varios disparos por las baterias del fuerte de Ajaccio. Aquel fué el vano simulacro de oposicion á la marcha del rey de Nápoles, que á duras penas pudieron conseguir de sus soldados los oficiales de la guarnicion. Los artilleros, favoreciendo en secreto la aventurada causa de Murat y contenidos al mismo tiempo por la disciplina en una aparente neutralidad, habian cargado las piezas como para disparar sobre la escuadra; pero al ve-

rificarlo habian de propio intento dirigido los disparos al aire. Tales descargas, perdidas entre las olas, fueron mas bien que una hostilidad una salva. El rey y su ejército vogaban ya á todo esto en plena libertad hácia los costas de Italia.

Seis embarcaciones ligeras, barcas con cubierta, fa-luas y bombardas componian toda la flotilla del rey. El buque que montaba el rey lo mandaba el baron Barbara, capitán de fragata al servicio de Nápoles; Courand mandaba el segundo, teniendo bajo sus órdenes al capitán Pernice y al teniente Maltedo; el tercero iba á las órdenes de Eltove; el cuarto á las de Mattei y el quinto á las de Semidei. El sexto buque, que era mas rápido y manejable que ninguno, servía de aviso é iba al mando de un simple piloto, llamado Cecconi.

Los oficiales y los doscientos cincuenta hombres entre sargentos y soldados que componian toda la fuerza de desembarco del rey, iban distribuidos en aquellas frágiles embarcaciones, en la proporcion que su mayor ó menor cabida lo permitia. La flotilla seguía á la vela y á la vista de Córcega, el 28 de setiembre al amanecer. El 29 bogaba lentamente por falta de viento. El 30 un fuerte viento la arrojó á la costa de Cerdeña, en donde estuvo á punto de encallar. Los buques que iban mas cargados se guarecieron por espacio de un día entero en la ensenada de la isla desierta de Tavolara, vasto escollo que presenta la forma de un altar de la antigüedad, que se destaca de la Cerdeña.

Desplegaron de nuevo sus velas el día 2 de octubre, estuvieron luchando trabajosamente con las olas por espacio de cinco días y cuatro noches, hasta que por fin al caer la noche del 6 se elevaron á la altura de las costas de Calabria y á la vista de las montañas de Paolo. La tierra aparecía entonces á unas tres leguas de la proa de los buques, que acababan por fin de reunirse.

XXX.

El gefe de la flota, Barbara, dió orden de apagar las hogueras que hubiese sobre cubierta, por temor de descubrir la presencia en la costa de buques desconocidos. Se convino en que las embarcaciones marcharían en conserva, y se harían las señas que fuesen necesarias por medio de piedras de chispa golpeadas con el eslabon, á fin de que los vigías del puerto pudiesen confundir aquellas luces fugitivas con las emanaciones fosforescentes de la mar en las noches de verano. El viento soplaba del lado de las montañas de la Calabria, como si la Providencia hubiera querido apartar al rey de su perdicion. Las embarcaciones que se veían obligadas á bordear con el mayor trabajo sobre un mar en calma para poder alcanzar tierra al fondo de la rada de Paolo, se separaron unas de otras en la obscuridad de la noche, por efecto de una ráfaga de viento destacada, despues que hubo aparecido la luna, de las tormentosas gargantas de la Calabria Citerior. Apartado de su primitivo objeto por el mar y por el viento, el rey entró, á la hora del alba, en la rada desierta de San Lúcido con dos de sus buques solamente, á fin de aguardar allí á los otros que se habian dispersado.

XXXI.

Ancló, pues, á alguna distancia de la playa y dió orden al gefe de batallon, Ottaviani, de que bajase á tierra con un solo marinero á fin de sondear la opinion de las gentes del país y recoger algunas noticias. Mas Ottaviani y el marinero no pudieron lograr su objeto por haber sido detenidos á algunos pasos de la playa por los habi-